



Los mitos y los libros



Escibe
Jorge Edwards

Fuere que los grandes mitos de la literatura son cosa del pasado. Thomas Mann era un mito en el Chile de los años sesenta y de comienzos de los cincuenta. Hemingway, con sus aventuras de soldado, buceador, aficionado a los toros, cazador de leones y de elefantes en el África, también lo era. Una leyenda más reciente es la de Jorge Luis Borges, a pesar de que el autor de "El Aleph" vivía encerrado en una biblioteca y no cazaba leones en ninguna parte. Se acabaron los mitos, pero no se acabaron, por suerte, los libros. Y la lectura, por mucho que se diga, no es un hábito en vías de extinción en el mundo contemporáneo. Es posible que ocurra exactamente lo contrario, a pesar de las apariencias. O que Chile, con su extravagancia geográfica y de todo orden, sea el último reduto de los lectores de los análisis potenciales o larvados.

Jaime Bayly, joven novelista peruano que acaba de pasar por Chile, me ha contado que su última novela, "Yo amo a mi mamá", fue publicada por entregas en un diario limeño, "Expreso", antes de salir en forma de libro. Bayly considera que más varios pájaros de un feto. Desde luego, se dedicó a las ediciones piratas, que crean tantos estragos en el Perú como entre nosotros. En seguida, el diario le pagó bien y le dio acceso a lectores que de otro modo no habría conseguido. "Expreso", de paso, en los días de aparición de la novela duplicó su tiraje. Cuando la novela ya se terminaba, los responsables del periódico le rogaron que la cutiera un poco. Era un signo de vitalidad literaria y de éxito. Los lectores existían, pero había que salir a buscarlos. En otras palabras, había que enfocar el problema de la lectura con originalidad, sin prejuicios, con espíritu abierto. Nosotros inventamos pospuestos programas, nombramos a unos curiosos embajadores de la lectura, y creo que no conseguimos absolutamente nada.

"Yo amo a mi mamá", con su título sencillo y a la vez sorprendente, imitativo, se presenta como un relato autobiográfico ramado en primera persona, aun cuando sospecho que la parte de ficción para ser mayor de lo que parece. En la historia de un niño de familia burguesa, adinerada, en la Lima de los años sesenta: la casa, los padres, la gente del servicio, el colegio y su mundo, la radio y la televisión, los barrios. Es el reverso de la novela escrita de lo que debe ser una novela de América Latina: no hay selvas, ni Patagonias, ni Macondos. Hay, en el, toda clase de figuras míticas, pero son los mitos que construye una mirada infantil: un estadio de fútbol, un cine, un quiosco, un recinto donde venden unos maravillosos anticuchos de pollo. El libro tiene una estructura simple y de gran eficacia. Cada capítulo gira alrededor de un solo personaje. Los personajes esos tantos, explica Bayly, que define cada capítulo a uno solo fue una manera de introducir un orden narrativo. Yo pienso, a estas alturas, que el orden narrativo es todo. Escibir es poner coherencia en el conjunto de los datos confusos, caóticos, de la llamada realidad.

El capítulo primero de esta novela, por ejemplo, está dedicado a una episodio feroz, con una de caballo, rodando loco a su modo, y enormemente trágico. Cuando la implacable, rampulosa, reprensiva "mamá" le echa de la casa, uno está conmovido. El tercer capítulo, el del chino Félix, el jardinero de la casa, es maestro de punto a cabo. No deje de mirarme a campesinos a lo largo de sus escasos ocho párrafos. En fin, del niño Jaime, convertido en espejo que a sus padres utilizan de noche para poner a mirar una serie de televisión, Haverly 5.0, en compañía del chino Félix. Los comentarios del jardinero eran fantásticos, inesperados, chispeantes. El personaje era enigmático y algo barrabicho. Cada cierto tiempo se alejaba del televisor para servir un dode de pisco en el bar del "papi". Las empujadas, arrías y buceadas cuando la señora andaba cerca, arrabian un peligro fenomenal cuando los padres salían y el chino Félix les decía pisco y les daba pisco: más o menos disimulados. Los fines de semana, los padres de Jaime jugaban al fútbol con una pareja de amigos. El chino Félix, encaramado en una pared, trajo la ingenua misión de buscar las pelotas que se perdían en un potrero lleno de maleza. Pero se consolaba contemplando el mero desconocido de Olguita Bonilla, la mujer de la pareja, a quien había bautizado como Macho Man, nombre tomado de una canción de los Villa People.

Jaime Bayly hace literatura con lo cotidiano, lo cer-

cado, lo que está debajo de nuestras propias narices y casi nunca sabemos ver. El pobre chino Félix tuvo un final negro. Estuvo en una desastrosa mala racha. Primero se electrocutó cuando arreglaba un refrigerador. Después, cuando todavía no se había recuperado bien, se cayó de lo alto de un cascalpán y quedó todo caído. Tuvo que retirarse de su trabajo y vivir a costa de sus hijos. De repente llegó a visitar a su amigo secreto, el niño de la casa, y la fiesta de conversación, de bromas, de chistes, se resquebrajó. Algo parecido sucede en el capítulo del abuelo Leopoldo. Y en el del íntimo Henry Camacho, el niño más rico del colegio y de todo el Perú, a quien detestamos y a quien, al fin, a pesar de todo, debido a su rebeldía, a su espíritu indomable, terminamos por admirar.

Me pregunto en qué consiste el atractivo, la fuerza indudable de los textos de Bayly, hechos con materiales aparentemente tan pequeños. No sé si tengo una respuesta muy clara. Hay una extraordinaria historia de un jugador deportivo: extraordinaria, entre otras razones, porque el personaje es un héroe inabundante, con quien el narrador sólo consigue hablar por teléfono durante algunos segundos y vivir en el interior de su cabina de transmisión. Bayly me cuenta que en realidad lo conoció algo cuando trabajaba en un canal de televisión en Lima. El locutor, el héroe, lo vio con un libro en la mano y le preguntó qué era. "Cien años de soledad", contestó Bayly. Respuesta del locutor: "Tú siempre leyendo cosas raras". No tenía mucha noticia de la literatura el famoso locutor, pero su conocimiento del fútbol, de su presente y su pasado, era maravilloso.

El final de los sesenta, los comienzos de los setenta, los años de la infancia de Jaime Bayly, nacido en Lima en 1965, fueron los tiempos de la gran ola revolucionaria latinoamericana, que partía en Cuba y se prolongaba hasta el Perú, Bolivia, Argentina y Chile. La revolución po-

día ser bonita en sus comienzos, en su etapa espontánea, popular, pero ya en aquellos años revelaba un horizonte de uniformidad, de color gris, de repetición, de homogeneización humana. En la novela hay una escena reveladora. El gobierno militar del Perú, que tenía aspectos populistas, revolucionarios, aguijones por decirlo la diversidad de los uniformes escolares. Los niños de colegios ricos y los de las barriadas tienen que usar, en adelante, el mismo pantalón gris y la misma camisa blanca. Pues bien, Henry, el niño rico, cuando todo el colegio ya está formado, se presenta con el uniforme antiguo, con la chaqueta, el escudo, la corbata a rayas. El Director, indignado y amonestado, lo llama al orden, pero los alumnos corren a aplaudir. Es una interesante escena de resistencia, de rebeldía: una defensa de la diversidad. ¿Defensa reaccionaria? A fines de los sesenta, a mediados de los setenta, habría parecido así, pero la perspectiva de hoy permite una interpretación diferente. Pensábamos que la embestida revolucionaria fue detenida por las dictaduras militares. Ahora se empieza a vislumbrar un fenómeno diferente. Había, parece, en la base del mundo latinoamericano, un motivo libertario, un rechazo de la uniformidad impuesto desde arriba. Es, quizás, el sentido último de esta novela. A pesar de saber la formación de un niño rico, está muy lejos de ser un libro elitista. Es, más bien, precisamente lo contrario. La mirada infantil escapa de todo prejuicio. Reconoce al hermano de la libertad. El niño se hace amigo del chino Félix, el jardinero, y en cambio sonríe a su padre y a los amigos de su padre, con sus "whiskachos". Sus locos comentarios, sus conversaciones enigmáticas, a una crítica despiadada. Se rie de ellos a carcajadas, aunque con prudente distanciamiento. Y pasa con el ingenio popular, con sus fantásticas aliteraciones, con su lenguaje de creación y de renovación permanentes.

Lo que queda, al fin de todo, es una gracia literaria, una chispa, una escritura personal. Es posible que algunos personajes y algunos episodios sean más divertidos que otros. Para la vitalidad del conjunto es indudable. Leo a Bayly, me convierto en un lector incipiente de sus novelas, que antes sólo conocía por vagas referencias, y luego a la conclusión de que la historia de la novela en América Latina está muy lejos de haberse cerrado. El mundo oficial de la literatura es estrecho, reprobado, selectivo, como el de la "mamá" emblemática, pero la corriente real, por suerte para todos nosotros, va por otro lado.

Los mitos y los libros [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los mitos y los libros [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile